ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA BERLINA AZUL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SANTIAGO GASCÓN



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1888

LA BERLINA AZUL

LA BERLINA AZUL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SANTIAGO GASCÓN

Estrenado con buen éxito en el TEATRO LARA la noche del 12
de Abril de 1888



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1888

Excmo. Sr. D. Rafael Salaya

SECRETARIO GENERAL DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Si el mérito de este juguete no fuera tan escaso, me complacería el haber encontrado ocasión de dedicarle un trabajo mío; como el presente no ha obtenido otro éxito que el que los encargados de su ejecución han sabido conquistar, estampo su nombre en esta primera página tan sólo como homenaje de afecto y testimonio de mi consideración.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Srta. Rodríguez.
TERESA	Sra. Romero.
JUANA	Srta. Cruz.
RICARDO	Sr. Miralles.
CASIMIRO	Rubio.
PEPE	Tojedo.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO ÚNICO

Sala, amueblada con lujo

ESCENA PRIMERA

JUANA, limpiando el polvo á los muebles; luego PEPE, por el foro

JUANA ¡Jesús, Jesús! ¡Cómo se ponen estos muebles á los quince días de no pasarles un plumero! ¡Como que me iba yo á ocupar de esto, estando los señores fuera de Madrid! ¡Cualquier día!... ¡Qué más hubieran querido ellos para reirse! Que, al fin y al cabo, todos somos hijos de Dios.

PEPE (Con acento gallego; chaleco encarnado, cuello alto, gorra de plato y chaqueta de lacayo.) ¡Psitt... psitt!... ¿Se puede penetrar?

JUANA ¡Sí, hombre, sí; no se ha de poder!

PEPE ¿Hánse levantadu ya los señoritus?

JUANA La señora hace ya una hora que me está dando guerra. A don Ricardo se conoce que aún le dura el cansancio del camino.

PEPE ¡Cansanciu, cansanciu! ¡Y viajan en primera ó en *esplin-carru*, con sus almohaduncitus, sus culchones, sus caluríferus!... ¡Ya quisiera yo verlus en un pescante horas enteras; verían lo que era sabrosu!

JUANA Vamos, pues tú, el mes que ha estado el amo fuera, en lugar de descansar te has dedicado á la industria, según me han dicho.

PEPE ¿Eh? Ha habidu que pasear el jacu.

JUANA Y á una señorita que iba dentro, ¿verdad? ¿A cómo te pagaba la carrera? (Con risa burlona.)

PEPE ¡Bachillera! Que un hombre honradu como yo procure cuandu á manu lo tiene, manera de allejar recursos extraordinarius, nada tiene que ver; es una especulación hunesta.

JUANA Pues si el amo se entera de que has especulado con su berlina, me parece que no te quedan ganas de repetir.

PEPE Pues si el ama se entera de que te has dadu la gran vida mientras ella ha estadu fuera...

JUANA ¡Si serás gaznápiro! ¡Si te llega á oir el señor, buena se arma!

PEPE ¿Pues qué? (Con misterio.)

JUANA Que mientras él ha ido á Barcelona á defender ese pleito, cree que su mujer no ha salido de Madrid.

PEPE ¿Y ella?...

JUANA Aprovechando el viaje de su marido, ha pasado ese tiempo con su madre, en Pozuelo. ¡Uy, si el señor lo supiera!... ¡El, que no puede ver á la suegra! ¡Buena se armaba!

PEPE ¿Nun puede ver á su suegra? Lo mismo pasa en Galicia.

JUANA ¡Chist, calla!

ESCENA II

DICHOS.—CARMEN, luego RICARDO

CARM. (Por la izquierda.) Bueno; ya está bien esto. No la necesito para nada. Esperen ustedes las órdenes del señor allá dentro y no olviden ninguna de mis recomendaciones.

JUANA Está bien, señorita. (Vanse Juana y Pepe por el foro.)

RIC. (Saliendo primera derecha.) ¡Querida Carmen!

CARM. ¡Buenas horas de levantarse, caballero!

RIC. Hasta esta noche no he podido reposar con entera tranquilidad. ¡Qué eternos treinta días, se-

parado de mi mujercita! Ni un momento solo he olvidado tu recuerdo.

CARM. Ya sabes que en igual impaciencia he vivido yo.

RIC. Sí, pero tú no tendrías celos, seguramente, como yo.

CARM. ¡Celos tú!

RIC. Sí; ¿por qué no? ¡En este Madrid hay tanto zángano... tanto motivo de distracción!...

CARM. ¿En este Madrid, eh? ¡Já, já, já! ¡Qué tontería!

RIC. Será todo como tú quieras; pero ese endiablado pleito de Barcelona me ha hecho pasar muy malos ratos. Figúrate que se trata de una demanda de divorcio. El marido, un honrado comerciante en pastas alimenticias, vivía solo con su mujer, solito...

CARM. Como nosotros.

RIC. Se querían mucho...

CARM. Como nosotros.

RIC. O aparentaban quererse mucho...

CARM. Como nosotros.

RIC. No; que nosotros lo aparentamos y en efecto nos queremos, ¿no es así? Pues bien; aquella mujer, que parecía de conducta intachable y de sin par virtud, engañaba villana é infamemente al honrado comerciante de pastas alimenticias.

CARM. Bueno; pero tú no eres fabricante de pastas alimenticias.

RIC. Es verdad.

CARM. ¿Y estás seguro del amor de tu mujer?

RIC. Te digo que andar un mes en aquellos autos me ha trastornado. También estaba seguro del amor de su mujer mi cliente, el señor Catarineu, cuando una mañana, hallándose en su gabinete de trabajo con su esposa, bien ajeno de lo que después había de averiguar, vino á interrumpir el coloquio matrimonial una criada para decirle...

ESCENA III

DICHOS.—JUANA, por el foro

JUANA (Interrumpiendo á Ricardo.) Señorito: un caballero desea ver á usted.

RIC. ¡Eh! ¿Ves tú qué coincidencias tan importunas?

CARM. ¡Qué bobada!

JUANA Trae esta tarjeta, que desea le entregue. (Entregándola.)

RIC. (Leyéndola.) ¡Ah! Un sugeto que me recomienda Jiménez, para que le admita en mi despacho. Dice que es un muchacho aprovechado. Bien, Juana, hágale usted entrar. ¡Dichoso, dichoso pleito! ¡El laberinto que me ha metido en la cabeza!

CARM. Pues á mí no me interesa la visita de ese señor.. Hasta luego. Después continuarás tu historia.

RIC. Sí; después. Más vale.

ESCENA IV

RICARDO, CASIMIRO

CASIM. (Con mucha cortedad y vestido pobremente.) Caballero...

RIC. Pase usted.

CASIM. (Entrando.) (Vamos; parece muy amable este señor.)

RIC. Usted ha sabido por mi amigo Jiménez que para terminar los trabajos de un famoso pleito que me han encargado, necesitaba un escribiente, y ha venido. .

CASIM. Sí, señor; así es; pero supongo que...

RIC. ¿Qué?

CASIM. Nada; que ya tendrá usted otro, y que estoy de más. ¿No es eso? Buenos días. (Despidiéndose.)

RIC. No, no señor; se engaña usted. ¿Por qué creía?..

CASIM. ¡Ay, caballero! Porque usted no sabe con quién está hablando.

RIC. ¡Cómo!... ¿Pues en esta tarjeta no dice su nombre?

CASIM. Sí; mi nombre sí lo dirá. Pero no me refería á eso. La tarjeta no puede decir que de treinta y seis colocaciones que he pretendido en once meses, siete habían sido concedidas el mismo día que yo las solicitaba; otras siete habían sido suprimidas; cinco banqueros habían quebrado el primer mes de servir yo en su casa; á otro le habían robado toda su fortuna; y estando últimamente en casa de un acaudalado comerciante...

RIC. ¿Qué? ¿Se hundió la casa?

CASIM. ¡Cá! ¡Ojalá! Así me hubiera podido coger debajo. Se murió de viruela negra é inició una epidemia que dejó el barrio diezmado en menos de tres meses.

RIC. ¡Já, já¡ ¡Buen tipo!

CASIM. ¿Se rie usted? Menos mal que le hago gracia. Cinco años seguidos he jugado el número diez mil setecientos treinta y tres á la lotería. Ni esto me ha tocado nunca. Lo dejé en el mes de Diciembre del año pasado, y al primer sorteo siguiente... ¡zás!

RIC. ¿Cayo el premio gordo en ese número?

CASIM. ¡Cá! No, señor; cayó un rayo en la lotería, que hizo carbón al administrador y á toda su famlia. ¡Sí, sí! ¡Caer la lotería en ese número! ¡Facilillo sería habiéndole jugado yo cinco años seguidos!

RIC. Vamos, hombre; pues si es cierto el refrán, «desgraciado en el juego»... ya sabe usted lo demás.

CASIM. ¿En amores? Pues le diré á usted: en eso ha habido de todo. Hasta hace poco tiempo, lo mismo que en el juego; pero ahora... ahora ya es otra cosa.

RIC. ¡Hombre!... ¿Con que ahora?...

CASIM. Sí, señor; usted me inspira confianza y voy á abrirle mi pecho. Hace un mes que estoy loco.

RIC. ¡Demonio!

CASIM. Loco de amor. ¡Qué mujer, caballero, qué mujer! ¡Y... qué proporción para mí!

RIC. ¿Joven?

CASIM. Casi... una niña.

RIC. ¿Bonita?

CASIM. Casi... una Vénus.

RIC. ¿Esbelta?

CASIM. Casi... una palmera.

RIC. ¿Alta?

CASIM. Casi... no me acuerdo.

RIC. ¡Hombre! ¿No se acuerda usted de la estatura de su conquista?

CASIM. Diré á usted: sólo la he visto en su lujosa berlina correspondiendo á mis miradas con la más hechicera de sus sonrisas. Tengo entendido que es eso que llaman mujer de historia, pero yo supongo sincero su afecto, pues el interés no debe guiarla, tratándose de mí.

RIC. ¡Hola, hola! ¡De carruaje!...

CASIM. ¡Y qué carruaje, señor mío! Una berlina azul... forrada de raso azul... la mejor berlina que pasea por el Retiro.

RIC. ¿Sí, eh?

CASIM. Las ruedas azules; las mejores ruedas que ha construído la casa Binder.

RIC. (También es casualidad... Lo mismo que mi carruaje.)

CASIM. El caballo...

RIC. ¿Azul también?

CASIM. No, señor; castaño oscuro.

RIC. ¡Demonio!

CASIM. Y un cochero con lujosísima librea, galón plateado, escarapela verde-botella y cenefa de oro.

RIC. ¡Caramba! eso ya pasa de castaño oscuro.

CASIM. Con qué encanto la he escuchado decir al encontrarme varios dias á mi salida de la oficina dirigiéndose á su cochero, que por cierto se llama...

RIC. ¿Pepe?

CASIM. Eso es; Pepe, á la Castellana.

RIC. ¿Pepe? Eso no puede ser.

CASIM. ¡Pues no ha de poder ser! ¿Acaso la conoce usted también? ¿Conoce usted al marido? Supongo

que las iniciales del carruaje serán las suyas.
R. D. M. S.

RIC. ¡R. D. M. S.! ¡Oh! ¡Reniego de mi suerte!

CASIM. Eso es; R. D. M. S: «reniego de mi suerte.» ¡Buena interpretación! ¡Tiene gracia!

RIC. Basta, señor mío; en Madrid no hay más berlina con esas señas que la mía.

CASIM. ¡Eh!

RIC. Ni más librea con esos colores que la mía.

CASIM. ¡Cielos!

RIC. Y esas iniciales son las mías.

CASIM. ¡Y esa mujer!...

RIC. Esa mujer... de historia, la mía.

CASIM. No; yo me he equivocado; he visto mal... Ruego á usted que no piense...

RIC. Basta, basta. Si yo tengo un corazón muy leal. Yo sé lo que tengo que hacer. Entre usted en esa habitación y espere.

CASIM. Por Dios... Caballero...

RIC. ¡Deshonrado! ¡Deshonrado! Entre usted; repito, que yo sé lo que tengo que hacer.

CASIM. ¡Caballero!

RIC. Entre usted. (Le empuja.)

CASIM. ¡Caballero!

RIC. ¡Que entre usted! (Le empuja y le nace entrar en la segunda derecha.)

ESCENA V.

RICARDO

¡Es preciso una separación! ¡Pero yo no quiero una separación ruidosa; yo no quiero hacer el papel que el marido de mi pleito. ¡Ah! ¡Si yo pudiera convencer al mundo de que soy el que ha faltado... No; y lo mejor para convencerle es faltar de veras. ¿Pero, quién, quién? Y esto es lo más noble y lo más desinteresado... ¡A este hombre le ha traído la Providencia á mi casa! Sí, la Providencia me enviará también á la que...

ESCENA VI

DICHO.—TERESA y JUANA; luego PEPE

JUANA (A Teresa, en el foro.) Ahí tiene usted á don Ricardo.

TERESA Gracias. ¿Don Ricardo Diaz?...

RIC. ¿Eh? Servidor.

TERESA (Con acento andaluz y expresión picaresca.) ¡Ay! Usted perdone que, venciendo mi natural timidez, haya venido á molestarle.

RIC. Usted no me molesta. (¡Pues esta me sirve!) Usted dirá...

TERESA Tengo entendido que usted administra la casa en que yo vivo, ¿sabe usted? Tres Peces, 3. (¡Pues es muy simpático!)

RIC. En efecto.

TERESA ¡Ay, caballero! El dueño de la casa es un cafre, y usted perdone el calificativo; pero cuando se tropieza con una señora como yo, que vive sola y que necesita alguna consideración, todas las atenciones son pocas. Pues él ha tropezado, y sin embargo, nada.

RIC. ¿Conque... nada? (¿Qué querrá esta señora que haga el dueño de la casa?)

TERESA Me ha dicho que me dirija á usted, y aunque yo soy muy corta, tenía de usted tan buenos antecedentes, que me he puesto el sombrero y he dicho: «allá voy» y aquí me tiene usted.

RIC. Y ha hecho usted muy bien.

TERESA (¡Jesús, cómo me mira este hombre! ¡Vaya si me rebaja el cuarto! ¡Pues no me lo ha de rebajar!...)

RIC. Señora, no sabía yo que podía estar tan orgulloso de la vecindad de la casa que administro. Usted dirá, y tenga la certeza de que será complacida.

TERESA (¡Qué fino, pero qué fino es este hombre!) Pues mire usted, no es nada lo que pido: un papel nuevo para el gabinete de la esquina... preferiría uno

azul celeste con crucecitas doradas, que he visto en un escaparate; permiso para colocar una estufa en mi tocador... Las hijas del Mediodía somos de hielo... en la superficie, se entiende. Unos armaritos en la pared del comedor para guardar la china y quitar chirimbolos de enmedio; una pila de esas de mármol, que da gusto de verlas, en el cuarto de plancha; y, por último, que me rebaje siquiera cinco duritos mensuales el alquiler. Yo soy sola, como le he dicho á usted ya, y no puedo, no puedo con tanto gasto.

RIC. (Decididamente yo me arriesgo. Esta es la mujer que yo necesitba.) No diga usted más: usted tendrá papel, estufa, armarios, pila y rebaja.

TERESA ¿Es posible? ¡Qué amable es usted! ¡Ay!... ¿Pero cuáles son sus intenciones? (Levantándose con precipitación.)

RIC. ¿Mis intenciones?... Pues sí, señora; tengo mis intenciones (¡No hay más remedio! Una infidelidad y evitemos la deshonra.) Usted vive sola, según me ha dicho; en usted no manda nadie; usted puede sacarme de un compromiso.

TERESA ¿Qué dice este hombre?

RIC. Que la necesito á usted por ocho días, solamente por ocho días.

TERESA ¿Qué me propone usted?

RIC. Se trata de un secreto de familia, y es preciso que viva usted conmigo una semana. Yo seré su huesped ó usted mi ama de gobierno, eso es lo mismo; pero usted ha de vivir conmigo ocho días.

TERESA ¡Eso es muy grave! Aquí hay una mujer...

RIC. Precisamente de ella trato de desprenderme.

TERESA ¡Ah! ¡Vamos!... (¡Y decían que estaba casado! ¡Qué mundo este!) Una pierde con cualquier cosa...

RIC. ¿Cuento ó no cuento con usted? Yo sabré corresponder...

TERESA ¡Tiene usted un modo de decir las cosas!...

RIC. Gracias, muchas gracias. ¡Pepe, Pepe!...

PEPE (Saliendo por el foro.) Señor... (¡Demoniu! ¡La se-

ñorita Teresa!) (Teresa hace un ademán de contrariedad al ver á Pepe.)

RIC. Dentro de un rato no tendrás que reconocer más señora que esta. Cuando te mande enganchar, enganchas.

PEPE. Así lo haré.

RIC. Y si te preguntan, tú no la has conocido hasta hoy. (Vase Pepe.)

TERESA ¡Ay, señor mío! ¡Lo que es la falta de costumbre! ¡Bien puede usted agradecerme esta aventura!

RIC. Dentro de media hora, aquí.

TERESA Hasta luego. (Decididamente es muy buena persona este administrador.) (Vase por el foro.

ESCENA VII

RICARDO. A poco, CARMEN

RIC. Esto es hecho. Esa mujer será el instrumento que librará mi divorcio del escándalo. «¿Por qué se ha divorciado Díaz!» Preguntarán los maliciosos. «Parece ser que llevó á su casa una señora de conducta dudosa, y su mujer tuvo que sucumbir.» Esto... esto es mucho mejor que... lo otro.

CARM. (Saliendo primera izquierda) ¿Ya estás solo? ¿Podemos seguir con la historia?

RIC. ¡Señora!... No me hable usted de historias.

CARM. ¡Usted!... ¿Qué significa?...

RIC. Significa que no es el comerciante de mi pleito el único marido engañado que hay en el mundo.

CARM. ¡Ah! ¡Acabáramos! Alguna imprudencia de los criados te ha puesto al corriente de la mala pasada que te he jugado en tu ausencia. Entonces nada tengo que ocultar y espero tu absolución. (Con sencillez.)

RIC. ¡Cómo se entiende! ¡Mi absolución! ¿Ha podido usted suponer que yo?... ¡Perdonar!... ¿Y por qué?

CAAM. Ricardo: me parece que podías tener en cuenta que en los dos años que llevamos de matrimonio

no he estado ni tres meses reunida con mi madre.

RIC. ¿Y eso qué tiene que ver... con lo demás?

CARM. ¿Cómo me iba á suponer yo este disgusto?

RIC. ¿Con que no podías suponértelo?...

CARM. Por otro lado, mi madre tuvo la culpa; ella insistió tanto... y como yo no sé negarla nada...

RIC. ¡Su madre!... ¡Su madre!...

CARM. Yo te juro no volver á hacerlo más sin tu permiso.

RIC. Basta, basta. Usted comprenderá que entre nosotros ya no puede existir nada.

CARM. ¿Qué es esto, Ricardo?

RIC. Mi conducta será más noble que la tuya.

CARM. ¡Oh! Gracias.

RIC. Hoy vendrá á esta casa otra mujer.

CARM. ¡Eh!... ¿Y esa es la conducta noble?

RIC. El Código te autoriza para querellarte. ¿Qué piensas hecer?

CARM. ¿Qué pienso hacer? Arañarla en cuanto se presente por esas puertas.

RIC. Bien; y luego pedir el divorcio... muy bien.

CARM. Y decir que eres el más infame de los hombres.

RIC. Perfectamente; y esa es la manera de que salga mejor librado.

CARM. Yo sola me tengo la culpa, yo.

RIC. ¡No faltaba más! Señora: voy á prepararlo todo; y en el plazo más breve seremos dos personas completamente libres. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

CARMEN, luego CASIMIRO

CARM. Ricardo... Ricardo... Pero ¿qué es esto, Dios mío? Mi marido se ha vuelto loco; no me cabe duda.

CASIM. (Parece que no oigo á don Ricardo...) ¡Eh!

CARM. ¿Qué es eso? ¡Un hombre!

CASIM. Sí, señora; un nuevo empleado de don Ricardo.

CARM. ¡Ah! Sí... don Ricardo acaba de salir.

CASIM. Lo celebro, señora. He cometido una imprudencia y quisiera repararla. ¿Podría hablar un momento con su esposa?

CARM. ¿Qué dice usted?

CASIM. (Esta señora debe ser sorda.) (Esforzando la voz.) Que quisiera reparar una imprudencia que he cometido, hablando con la esposa del dueño de esta casa.

CARM. Sí; eso ya lo he oído. Bien; estoy dispuesta á escucharle.

CASIM. ¿Vé usted como no me ha oído bien, ó no me ha entendido? Con quien necesito yo hablar es con la señora de don Ricardo.

CARM. Pues bueno; hable usted.

CASIM. ¡Y dale!...

CARM. Pero si esa señora soy yo.

CASIM. ¿Usted? ¡Cá! No, señora; no crea usted que voy á añadir otra á las anteriores torpezas. Yo me refiero á la verdadera mujer de don Ricardo, á la que él aprecia tanto.

CARM. ¡Dios mío! Pero, ¿qué dice este hombre? ¡Ah! ¡Ya me lo sospechaba yo! Ahora comprendo su modo de conducirse. Hable usted, señor mío, hable usted.

CASIM. Pues, señor; ¡vaya un empeño en que hable! Yo no puedo decir á usted nada. Ese caballero está celoso; yo he dicho una porción de tonterías y no sé qué determinación va á tomar ese hombre.

CARM. Pero celoso ¿por quién? ¿De qué?

CASIM. Por su mujer, señora, por su mujer. ¿Usted sabe lo que la quiere?...

CARM. ¡Ay, Dios mío!... ¡Lo que la quiere!... ¡Hay otra.. otra mujer por quien él está celoso! A mí me va á dar algo. (Se desmaya.)

CASIM. Señora... señora.. valor. Pero ¿qué es esto? ¡Pues no se ha desmayado! ¡Otro lío! Nunca me ha ocurrido esto: entrar en una casa y volverse todos locos. Vamos; alguna vez tenía que ser la primera. ¡Señora!... ¡Y no vuelve en sí! Oigo

ruido... ¡Demonio! No; pues á mí no me encuentran solo con esta mujer. Allá se las compongan. (Vase á la segunda derecha, después de dejarla sentada en una butaca.)

ESCENA IX

TERESA y CARMEN

TERESA Vaya; ya estoy de vuelta. Y la verdad es que tiene muy bien puesta la casa este hombre. ¡Calle! ¡Una mujer desmayada! ¡Ah! De la que se quiere deshacer el otro. Acabará de darla la cesantía... Lo mejor es no hacerla caso. (Se va al espejo y se quita el sombrero.) «Soy el Rata primero, (Cantando.) y yo el segundo»...

CARM. (¿Qué es esto? ¡Una mujer! ¡Pues no está quitándose el sombrero!...) (Después de una pausa se saludan. Teresa se sienta.) ¡Señora!... ¿Qué hace usted?

TERESA ¡Ah! No se moleste... de ningún modo... Ya conozco la casa. Siéntese usted.

CARM. ¡Cómo que me siente! ¿Quién autoriza á usted para?...

TERESA No, no se impaciente por eso. Yo me supongo quién es usted y comprendo lo duro que le será ver á otra en su lugar. Hija mía, lo siento mucho, pero ¿qué se le va á hacer? Hoy por tí, mañana por mí.

CARM. (¿Pero, qué dice? ¡Ah, ya comprendo!... ¡Infames!)

TERESA Por otro lado, usted comprenderá que al salir usted de esta casa, no podía Ricardo acostumbrarse á vivir solo. Hay hábitos que no se pueden perder con esa facilidad.

CARM. ¡Basta, basta; no siga usted!

TERESA ¡Ah! Y le aseguro á usted que estaba yo bien ajena de que me había de poner al frente de esta casa. Esto ha sido para mí una verdadera sorpresa, un escopetazo.

CARM. ¿Pero es posible que Ricardo me olvide de esa manera?

TERESA Vamos, tranquilícese usted. La cosa no es para tanto. Todos los hombres son lo mismo, todos, hija mía. Parece mentira que no los conozca usted ya. Cuando una tiene cierta experiencia, llega á aprendérselos de memoria, y nada la coge de susto.

CARM. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!

TERESA ¿Qué es eso? ¿Le había usted tomado ya su miajita de cariño?

CARM. ¿Que si le había tomado?... ¡Señora, ruego á usted que no añada á la ignominia porque me hace pasar, el sarcasmo más cruel. Yo no puedo pisar el mismo suelo que ese infame, ni medir mis palabras con las de usted.—¡Juana, Juana!... (Llamando.)

TERESA ¡Mal hecho, muy mal hecho! Estas cosas no se toman así. Un poquito de calma y verá usted como hasta acabaríamos por ser dos buenas amigas.

CARM. ¡Jamás, jamás!

TERESA ¡Qué demonio! Estas situaciones anormales, como yo digo, traen esto consigo.—¡Juana, Juana!... (Llamando. Sale Juana por el foro. Con altanería.) Acompañe usted á esta señora, que por ahora, yo no la necesito.

CARM. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué desgracia! (Entra primera izquierda y Juana detrás.)

ESCENA X

TERESA y CASIMIRO

TERESA ¡Pobre mujer! No, y lo que es yo me pongo en su caso y la tengo lástima. ¿Pero qué le voy á hacer? Estas cosas no hay más remedio que aguantarlas.

CASIM. (Saliendo.) (¡Parece que ya no oigo voces! ¡Si yo pudiera hablar con esa mujer ó escurrir el bulto!... ¡Virgen Santa! ¿Dónde me he metido? ¿Habrá vuelto la otra de su desmayo?) Señora... (¡Ah! Ella es.)

TERESA ¡Eh, caballero!... (¿Qué hará aquí este hombre? ¡También es casualidad!)

CASIM. Señora, hace media hora que quiero hablar con usted y... pedirla perdón... He cometido una torpeza que solo puede ser disculpada por mi pasión y por mi amor, y por mi... ¿Está por ahí su marido de usted?

TERESA ¿Mi marido?

CASIM. Sí, señora; don Ricardo ha tenido á bien utilizar mis servicios, y yo le he pagado muy mal, lo conozco. Está celoso; yo no sé lo que intenta, pero cuando mi imprudencia le reveló el cariño que usted me inspira... se desesperó, rabió y... quedamos en que no está por ahí, ¿eh?

TERESA ¿El está celoso?... (No entiendo...)

CASIM. Y usted ha hecho muy mal en no revelarme antes el nombre de su marido. Nos puede costar muy caro.

TERESA (¡Pues, señor, será preciso conducirse con dignidad!) ¡Ah! Caballero...

CASIM ¿Eh?

TERESA Yo creí hallar en usted una nobleza á prueba de todo género de desengaños, y me he encontrado con un espíritu mezquino y adocenado. No vuelva usted á recordar tiempos pasados.

CASIM. ¡Ah! ¡Acaba usted de marchitar en flor mis más dulces esperanzas!

TERESA Olvide usted esos sentimientos que le inspiro y conságreme todo el respeto que debe merecer una mujer que no es libre. Si obra usted así, al menos por algún tiempo, que la providencia se lo recompense, y si no que Dios se lo demande.

CASIM. (Decididamente tampoco tiene esta la cabeza muy firme.)

TERESA ¿Me ha entendido usted?

CASIM. Está bien; sabré respetarla.

ESCENA XI

DICHOS.—RICARDO, por el foro

RIC. ¡Bah! Ya está todo preparado. ¡Cómo! ¿Usted aquí? ¿No le dije que esperara en mi despacho, que yo sabía lo que tenía que hacer?

CASIM. (¡Esto sólo me faltaba!) Sí, señor; pero no sabía qué hacer, y...

TERESA Estábamos aquí los dos tan entretenidos...

CASIM. (¡Qué imprudente!) Sí; eso es: yo acababa de salir y... me entretuve con esta señora.

RIC. Está bien. Acabo de ver á dos amigos. He buscado entre los más prudentes, y ya los tengo.

CASIM. ¿Sí, eh?

RIC. Esos me servirán de padrinos.

CASIM. Vaya... ¿piensa usted bautizar algún niño?

RIC. No señor; los he buscado para usted y para mí. Quiero evitar el escándalo de mi divorcio y vengar mi honor dándole á usted una estocada.

TERESA ¿Qué dice?

CASIM. Caballero... eso es un disparate. Yo estoy dispuesto á todo... menos á dejarme dar esa estocada que usted me promete, porque yo en nada le he ofendido; y ó me deja usted salir tranquilo de su casa ó diré á todo el mundo que yo adoraba á esta señora y será mayor el escándalo que usted quiere evitar.

RIC. ¡Eh!

TERESA (¡Importuno!)

CASIM. Me arrodillaré á sus pies y la diré... (Ahora me echa.) La diré... amor mío... yo te adoro. (Se arrodilla.)

RIC. Muy bien, muy bien. Más fuerte, que lo oigan los criados, y los vecinos, y todo el mundo.

CASIM. Es que lo diré más alto.

RIC. Duro, duro... ¡Esto es heróico!

TERESA Pero, ¿qué significa esto?

RIC. Ahora verá usted... ¡Cómo! ¡Caballero!... ¿Se

atreve usted á confesar que adora usted á esta mujer? (Señalando á Teresa.)

CASIM. Sí, señor.

RIC. Gracias, caballero, gracias. Pepe... Pepe... (Llamando.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, PEPE, después CARMEN, y á poco JUANA

PEPE (Por el foro.) ¡Señor!

RIC. ¿Vés á esta señora? Antes me has dicho que no la conocías. Bueno; pues aquí tienes un duro. Dí como yo: ¿es esta señora la que tú has conducido en el carruaje? (Le hace signos afirmativos.)

PEPE Sí, señor.

RIC. ¿Es á esta señora á quien hacía el amor este caballero? (Idem.)

PEPE Sí, señor. (Vase Pepe.)

CASIM. Pero ¿á qué viene?...

TERESA ¿Qué es esto?

RIC. Callen ustedes. Esto va muy bien.

CARM. (Dispuesta como para viaje, por la primera izquierda, Juana sale detrás y hace mútis por el foro.) Adiós, Ricardo; ahora mismo salgo de casa.

RIC. No me opongo.

CASIM. (A Teresa.) ¿Quién es esta señora?

TERESA (A Casimiro.) Una antigua... amiga y ama de gobierno.

CARM. ¿No tienes nada que reconvenirte?

RIC. Una palabra. Nosotros no volveremos acaso á vernos hasta que los tribunales nos pongan á los tres, á tí, á mí y á ese hombre, uno enfrente del otro.

CASIM. ¡A mí!

RIC. Yo no quiero el ludibrio de mi cliente. Cuando llegue ese caso, tú, Carmen, en la vida has visto al señor:.. ¿no es eso? Sigamos atando cabos.

CARM. Sin duda... En la vida. (¡Oh! ¡Me indigna su indiferencia!)

RIC. Usted, caballero, ni por casualidad se ha encontrado jamás con esta señora. (Por Carmen.)

CASIM. ¡Jamás, jamás! Puedo asegurarlo.

RIC. (Dándoles la mano.) ¡Gracias, gracias! Son ustedes generosos. Nuestro divorcio se funda en que soy el seductor de esta señora.

CASIM. ¿Pero qué está usted diciendo? ¿Cómo se prueba eso? ¡Eso es un disparate.

JUANA (A Carmen, saliendo por el foro.) ¡Señora... una carta!

RIC. ¿Cómo se prueba? (Coge la carta.) Acaso con esta carta... (Lee.) «Querida hija: el recuerdo del mes »que has pasado conmigo, aprovechando la au»sencia del bárbaro de tu marido...» ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Tú has estado?...

CASIM. Ya te lo dije.

RIC. ¿Pero qué significa?... ¡Pepe!

PEPE ¡Señor!...

RIC. La señora que tú conducías en el carruaje... (Figúrate que no te he dado el duro.)

TERESA Era yo.

RIC. ¿Y la mujer á quien usted?...

CASIM. A esta señora. ¿Y su esposa de usted?

RIC.
¡Esta sólo es mi mujer (Abrazando á Carmen.)
y de mi amor, dulce cruz.

CASIM.
¡Si lo debí conocer!
Pepe... eres un avestruz.

PEPE
¡Señor!... ¿y qué le he de hacer?

CASIM.
¡Si no hago la suma mal, (A Teresa.)
cesantía treinta y siete!

TERESA
Yo le coloco.

CASIM.
¿Eh?

TERESA
Sí tal;
pero es si gusta el juguete.

CASIM.
¡Señores... la credencial! (Al público.)

(TELÓN.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Maridos al por mayor, juguete cómico en un acto (en colaboración).
La mejor receta, juguete cómico-lírico en un acto, música del maestro D. Manuel Fernández Caballero.
Álgebra superior, comedia en un acto.
La balanza, juguete cómico en un acto.
Viaje redondo, comedia en dos actos.
¡De cuello vuelto! disparate cómico, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.
Elemental y superior, zarzuela en un acto, música del maestro D. Antonio Llanos.
Toros en Vallecas, apropósito en un acto y dos cuadros (en colaboración), música del maestro D. Isidoro Hernández
El tercer partido, juguete cómico en un acto.
Una en el clavo... zarzuela en un acto (en colaboración), música del maestro D. Antonio Llanos.
Pólvora en salvas, disparate cómico en un acto.
La primera de abono, sainete lírico en un acto y cuatro cuadros, música de los maestros Sres. Blázquez y Sánchez Jimenez.
La berlina azul, juguete cómico en un acto.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de *González é Hijos*, Puerta del Sol, 9; de los *Señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA**, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.